

Dice José Manuel que llegó hace ocho años a Córdoba “con la maleta llena de ropa y perdido”. En este tiempo ha forjado una familia y se manifiesta contundentemente feliz, pero cuando alude a su Sevilla natal no duda en referirse a “mi tierra”.

Hoy estamos aquí, en Sevilla, en su tierra, por tercera vez, para conocer una creación literaria de José Manuel.

Yo estuve aquel 14 de enero de 2010 en la Hostería del Laurel con la serie de relatos de su primer libro, “Como la vida misma”.

También asistí el 1 de diciembre de 2011 en la Librería Beta de ña calle Sierpes en la presentación de su primera novela, “Gaia Augusta”.

Y como si se tratase de un talismán, papel que soy incapaz de atribuirme en rigor, me ha vuelto a invitar a participar en la puesta de largo de su segundo recorrido literario por la ficción histórica como es “El enigma de las seis copas”.

La distinción que me ha hecho el autor permitiéndome intervenir en las presentaciones hispalenses de sus tres libros me da quizás una perspectiva que hace posible, con relativa cercanía, el recorrido desde aquel primer libro de relatos hasta su más reciente obra.

Lo primero que cabe destacar es que poner en las librerías tres libros en cuatro años y que dos de estos sean novelas históricas demuestra una capacidad de trabajo que en este caso es comparable con el genio literario de José Manuel.

No lo digo desde la lejanía del análisis ni desde la frivolidad de regalar ningún oído, sino desde la frialdad del conocimiento de lo que supone no despegarse de la silla ni del teclado durante once horas seguidas y a diario, jornada tras jornada, para enhebrar en la coherencia de un texto mucha dedicación a la investigación en el ensayo o a la creación en la novela.

Menos lo es aún dentro de las exigencias actuales del mercado, en el que la edición electrónica avanza frente al papel sin saber ni siquiera por aproximación cuál es el puerto de destino y ni, por supuesto, si en la singladura hay al menos un puerto de refugio.

En la partida de esta singladura literaria de este sevillano del Sevilla

residente en Córdoba nos encontramos con un libro de relatos marcado por la cotidianeidad, en el sentido más literal del término, el de expresar lo que a diario palpataba en su mente, pero también como origen a una intensa naturalidad que se muestra en sus dos novelas históricas.

Porque lo que pone de manifiesto José Manuel es todo natural a la vez que intenso, el mismo apasionamiento que trasluce en sus relaciones personales y que lo hace una persona cercana a la vez que afable, pero sin la tibieza de quien trata de agradar por mero egoísmo personal.

Ese conjunto de actitudes y de valores no sólo quedaron mostradas en la opinión y pensamientos que pudo verter en los relatos de "Como la vida misma", sino que se traslucen tanto en "Gaia" como en "Enigma", donde trasluce el juego de la combinación de elementos que hacen de una ficción una obra atrayente.

José Manuel tiene a gala, al menos lo tenía, no sé ahora que está por encima de la media en la literatura histórica, que podía vender cualquier cosa. Lo dirá o no, pero con su escritura consigue trasladar el pensamiento y el sentimiento a la época que explora. Es decir, que lo vende y lo hace con naturalidad.

Supongo que ahora el profesor González Ferrín nos disertará sobre si José Manuel, a partir de esta novela nombrado como Manuel Sánchez-Sevilla, ha hecho algo o mucha trampa para que la ficción sea adictiva y comercial y si esa posible fullería –término que no se me ocurrirá citar delante de una mujer más arriba de Despeñaperros porque no se lo toman muy bien al adjudicarle un significado que no recoge la Real Academia- entra en los cánones de no destruir la ortodoxia.

Su presencia hoy en esta Casa de la Provincia y en la lista de agradecimientos del autor en la novela parece inducirnos que no será muy severo con el rigor histórico, que siempre hay que adulterar en la ficción, o al menos se mostrará indulgente si hay algún desliz fuera de la ortodoxia en la narración, sobre la que ya nos advierte el autor en sus notas que aparecen nada más abrir el libro.

José Manuel nos llevó a la Roma imperial en su "Gaia Augusta" y nos pasea por Al Andalus en "El enigma de las seis copas". Si en la primera de las tramas nos depara una acción introvertida, de Roma sobre sí misma, en la segunda, en la que hoy celebramos, nos plantea desde el primer momento la colisión de dos culturas desde la peor perspectiva de las posibles, desde la bélica.

Aunque, al fin y al cabo, lo que pasa en Roma en el siglo III o en Córdoba en el XII no deja de ser una trama detectivesca en la que se mezclan los elementos tan típicos como necesarios para una buena obra literaria policiaca, técnicas forenses incluidas aunque en la Andalucía musulmana y, por supuesto, con sus intrigas.

Desde una primera aproximación, y como testigo privilegiado del recorrido literario de José Manuel Sánchez Rodríguez, perdón de Manuel Sánchez-Sevilla (como siga así voy a confundir Sevilla y Betis y se va a liar, porque el autor, como ortodoxo sevillista, es antibético), lo que destaca de un imaginario gráfico de su obra literaria es el crecimiento, la extraordinaria madurez con la que ha evolucionado en apenas unos cientos de páginas.

Eso, sin lugar a dudas, demuestra que estamos ante un escritor del que ya oímos hablar mucho y bien y del que seguiremos conociendo en los próximos años y que no es descartable que lo podamos disfrutar también en el cine y la televisión.

No quiero ser pedante por citarme a mí mismo, pero no me resisto a repetir lo que dije en las presentaciones anteriores de José Manuel en Sevilla. En él encontramos un poso, un verdadero sedimento de un gran escritor, al que le acompañan hasta ahora los factores precisos para que su carrera literaria se enmarque como las de referencia de la literatura española actual.

Tras una agradable cena en Cabra con su entonces alcalde, José Calvo Poyato, después de inaugurar una exposición fotográfica de EFE, una de las integrantes del equipo de la Agencia refirió la obra del político, historiador y escritor como "el 'Tomate' de la historia", en alusión al entonces en boga programa televisivo "Aquí hay tomate".

Con independencia de lo preciso del comentario, Pepe Calvo nos deleitó esa noche con sus conocimientos históricos y defendió el rigor en la narración de la novela histórica, un rigor en la plasmación de los hechos cotidianos que dan base a la obra.

Así, contó el error que comete Lindsay Davis en una de las novelas de la serie protagonizada por Marco Didio Falco, al colocar a un romano cocinando un guiso de patatas, o de papas, como gustan llamar en esta tierra.

Sabido es, aunque la autora británica no lo tuvo en cuenta, que los romanos genuinos no pudieron guisar patatas porque en Europa este tubérculo solanáceo no llegó hasta la presencia española en América, mucho después de las aventuras detectivescas de Falco.

Calvo Poyato explicó que en una de sus obras quería introducir un pasaje en la que un personaje estrellaba una sandía contra el suelo y que comprobó que el dato no iba a chirriar como pasaba con la escena de las patatas en la Roma de Lindsay Davis. Al final, la sandía aparece en el libro de Pepe Calvo porque la cucurbitácea sí había lleado ya a Roma desde África.

No sé si José Manuel habrá colado alguna patata desubicada o si todo serán sandías, pero lo que estoy seguro es que nos volverá a hacer disfrutar con un texto que avanza en la evolución del lenguaje de su obra, porque a parte de un escritor con poso comienza a ser un autor con bagaje en el que fijarse.